

Escuela de Comunidad



BACHILLERES 2020

La Escuela de comunidad es un **instrumento educativo** de desarrollo (como conciencia y como afecto) de la experiencia del encuentro hecho con el carisma. Consiste en la lectura y en la meditación personal de un texto propuesto a todo el Movimiento, a las cuales siguen encuentros comunitarios. El trabajo es concebido justo como una escuela: ante todo, es necesaria la **voluntad de aprender**; en segundo lugar, se pide una **seriedad** y una **sinceridad** para **comparar con la propia experiencia** y así poder comunicar aquello que el misterio de Dios opera en uno mismo, esto es, para dar testimonio del propio cambio. Los textos propuestos son, por lo general, los del fundador, don Luigi Giussani, o bien los de su sucesor, don Julián Carrón. La participación es libre y a menudo se propone en los ambientes de estudio y de trabajo. Los encuentros tienen generalmente una **periodicidad semanal**.

Escuela de Comunidad BACHILLERES 2020



1

Durante los próximos días escucharemos esa extenuante frase que todos sabemos con la coletilla “y si no nos vemos, feliz año”, mientras ponemos nuestra carita de magnanimidad tan ensayada en el espejo del baño. Oiremos **la cantinela machacona de la felicidad chisposa y facilona de la publicidad y las felicitaciones del banco**, con su profusa e hinchada **emotividad**. Volveremos a casa con nuestros padres, suegros y cuñados en un brindis solemne y como a cámara lenta, sin dramas ni problemas de herencias, ni trifulcas de cuñadas.

Seguiremos la consigna tácita e hipócrita de **no mentar la política o la religión a menos que sea con alguien de nuestra cuerda**, para poner a parir al contrario, o al impío, o a la decadencia occidental, y así, entre champán y cabezas venenosas de gamba, cogeremos 5 kilos más, sin atisbo de drama alguno. **Desearemos Feliz Navidad a un amplio espectro de personas con el pensamiento puesto en las pistas de esquí o el viaje sorpresa al Caribe**, que de todo hay, afortunadamente, y formaremos **una cadena infinita de frases hechas, palabras vacías y fórmulas aprendidas** y cacareadas que se estampan contra la misma **respuesta mecánica** de alguien que parte ya hacia su año nuevo de promesas y olvidos...

Pero en medio de esta jungla, **¿a quién le interesa el contenido de la expresión “Feliz Navidad”?** **¿Alguien espera que su felicidad venga, realmente, de la encarnación de Jesús?** Ya puede comenzar ese silencio incómodo, como de ascensor, ante estas cuestiones...

El Debate de Hoy. 01.01.2020. *Fórmula navideña (I)*, por Ricardo Franco





Quien cree tenerlo todo al alcance de su mano y no necesita otra cosa que recoger los frutos de su voluntad, **no necesita la Navidad**, en absoluto: **solo se necesita a sí mismo** y alguna que otra actividad más para adornar estos días. Pero yo no pienso en ellos, ni juzgo su capacidad pulmonar para aguantar bajo el oleaje de las apariencias. Pienso más bien en **los damnificados de esta crisis humanitaria de alegría y los que sufren esta hambruna de vida. Pienso en quien quiere siempre algo más** y, por eso, sufre el ansia de la espera de un amor, o la espera de un abrazo que no acaba de darse, o no sabe ni qué espera, pero espera...

Pienso en quien se amolda a su lecho como a un ataúd y **nunca descansa del todo**; Pienso en quien vive el profundo aturdimiento después de un duro golpe del que no termina de recuperarse, o la pesada carga de las mismas circunstancias, día tras día y siempre iguales. Pienso en **quien ya no puede más y tampoco encuentra quien lo sostenga**; quien no duerme pensando en la **incertidumbre del mañana**, o duerme de día exhausto por la batalla con los demonios de la noche. Pienso en **quien está herido y ya no soporta el dolor de un deseo que se clava como un navajazo en el pecho**. Pienso en quien cree que no le importa a nadie y que nadie se acuerda de él, y se le hace **insoportable vivir** más, o se le han agotado las razones de su existencia, y ya no sabe qué inventarse.

Pienso, en definitiva, en **quien es consciente de su frágil condición** en medio de toda esta locura mundial, porque, **por fin, ha llegado al límite**: a la frontera árida y polvorienta que linda entre el deseo de plenitud y su imposible satisfacción. A alguien así, con esa urgencia, con ese **ahogo** y esa **rabia**, le doy la **bienvenida al club de los sedientos y necesitados**.

Arrodílese: hágame caso. **Háblele a ese Niño, diga su nombre y ofrézcale el regalo de toda su pena**, sus decadencias, sus tropezones; todo lo que esperaba y nunca llegó; sus arranques voluntariosos y su bajonazo amargo en soledad. Ofrézcale el regalo de sus escrúpulos, de su cansancio y el odio a sí mismo o a los demás. Deshágase lo antes posible de esas opiniones que, ni sabe por qué, repite como un loro... Déselo todo. Quíteselo todo de encima si ya no puede más, y déselo a Él. Porque este Niño es igual que todos: nunca se cansa de los regalos.



Fracaso, derrota, intentos fallidos, una vida no realizada. Cuántas veces este es el criterio con que se mira a una persona. Y **cuántas veces esa es la mirada con que uno se mira a sí mismo.** El resultado es cierta vergüenza de uno mismo, detrás de la cual se esconden situaciones humanas llenas de heridas, dolor y aflicción que cada uno incuba en lo más íntimo como un **malestar** que a veces eclosiona a nivel personal y social. Si uno no es capaz, si no está a la altura de los estándares dominantes, que imponen el éxito como criterio del vivir, entonces queda descartado. Eso es lo que el Papa llama «**cultura del descarte**». Lamentablemente, esta cultura vence –hasta convertirse en mentalidad común– no solo fuera sino también dentro de nosotros. **En medio de todo este descarte, ¿queda algo?**

Sí, queda nuestra humanidad herida, inquieta, a la espera de algo que nos libere de una situación que parece sin salida. Dios elige precisamente esa situación humana, que ningún esfuerzo nuestro parece poder cambiar, para desafiar la cultura del descarte con la novedad de **una mirada que exalta el valor infinito de cada hombre.** Ante nuestros fracasos, resuenan hoy las palabras del profeta Isaías: «Exulta de alegría, estéril» (Is 54,1), es decir, tú y yo, que nunca logramos dar la talla. «No temas, pues no tendrás ya que avergonzarte; no te sonrojes, pues no serás ya confundida» (Is 54,4). Este es el desafío que Dios lanza a nuestro mundo, tan obstinado en mirarnos según nuestra medida o la de los demás. **Dios no se avergüenza de nosotros,** de nuestra fragilidad, de nuestras heridas, de nuestro ser sacudidos por todos lados, de ese nihilismo que vacía de sentido la vida. ¿Pero cómo lanza Dios su desafío? ¿Cuál es el gesto más poderoso que realiza por nosotros? **No nos ofrece una palabra consoladora sino que acontece en nuestra vida.**

ABC. 26.12.2019. *Encuentro con la realidad de los hombres (I)*, por Julián Carrón

- **¿Es cierto que tenemos vergüenza de nosotros mismos, que nos descartamos si no estamos a la altura?**
- **¿Percibimos como buena nuestra humanidad herida? ¿Esperamos que algo nos libere?**



*«El Niño que jugaba con la luna y con el sol
ahora está jugando con un poco de paja»*

G. K. Chesterton

Para que entendamos nuestro valor, el Verbo –Dios, el significado, el origen y el destino de nuestra vida– se ha hecho carne y ha venido a habitar en medio de nosotros. Nada hay más convincente que esto: **el Señor del Cielo y de la Tierra asume nuestra humanidad.** Haciéndose carne, y permaneciendo presente a través de la carne, de la humanidad real de personas concretas, **puede abrazar toda situación humana,** entrar en cada malestar, en cada herida, en cada espera del corazón.

«Ninguna mujer ha escuchado jamás una voz que afirmara totalmente su destino; únicamente la voz del judío Jesús de Nazaret. **Ningún hombre puede sentirse afirmado mejor, con la dignidad de quien tiene un valor absoluto que está por encima de cualquier logro suyo.**» Cuando esta mirada entra en la vida de una persona, nos sorprende, inaugura **una mirada hacia uno mismo que de otro modo sería imposible.**

Hace unos días recibí la carta de una joven amiga: «Cuanto más vivo delante de esta mirada, más queridas se me hacen hasta las heridas que tengo, mis pequeñeces, mis dolores, las cosas de mí misma que no comprendo, mis miedos, mi mezquindad, mis pecados. Estas cosas son la única posibilidad de interceptar al Señor que pasa, porque me dejan desarmada, necesitada, pequeña. **Me sorprendo por el hecho de no querer censurar ya nada de mí,** más aún, quiero mirarlo todo hasta el fondo, obstinadamente. **Mi humanidad me resulta querida solo porque es abrazada tal cual es por el Señor que viene.**»

Esta es la «buena noticia» que nos trae la Navidad. No solo buenas palabras sino el encuentro con **una realidad humana, carnal, que desafía al avance de la nada y permite mirarlo todo de uno mismo –tal como es– sin vergüenza, porque Jesús de Nazaret no se avergonzó de entrar en nuestra carne para hacerse hombre.** La Navidad es ese niño en pañales que nos dice: «¿Por qué no te miras como te miro yo, como yo miro tu humanidad? ¿No te das cuenta de que me he hecho niño precisamente para mostrarte toda la preferencia que tengo por ti?».



«Imaginad a aquellos dos escuchándole durante varias horas y que luego deben volver a casa. Él les despide y ellos se marchan callados, en silencio, porque les invade la impresión que han tenido de presentir el misterio, de sentirlo. Y después se separan. Cada uno se va a su casa. No se despiden. No es propiamente que no lo hagan sino que lo hacen de otro modo: se despiden sin hablar porque están llenos de lo mismo, los dos son una sola cosa de tan llenos como están de lo mismo».

Luigi Giussani

¿Cómo pudieron esos dos primeros, Juan y Andrés (este último quizá estuviera casado y tenía hijos), ser conquistados tan rápidamente por él y reconocerle («Hemos encontrado al Mesías»)? **Hay una desproporción aparente entre la forma extremadamente simple de lo ocurrido y la certeza que mostraron tener los dos.** Por consiguiente, si aquello ocurrió de hecho, reconocer a aquel hombre –no detalladamente y hasta el fondo, pero sí quién era él en su valor único e incomparable («divino»)– tenía que ser fácil. **¿Por qué era fácil reconocerle? Por su excepcionalidad incomparable.** Tenían ante sus ojos algo *incomparablemente* excepcional: habían entrado en contacto con un hombre excepcional, absolutamente fuera de lo común, irreductible a cualquier clase de análisis.

¿Qué quiere decir «excepcional»? ¿Cuándo se puede decir de algo que es «excepcional»? Cuando **corresponde adecuadamente a las expectativas originales del corazón**, por confusa y nebulosa que pueda ser la conciencia que se tenga de ellas. **Lo excepcional es, paradójicamente, la aparición de lo que es más «natural» para nosotros.** ¿Y qué es lo «natural» para nosotros? **Que suceda lo que deseamos.** Efectivamente, nada es más natural que la completa satisfacción del deseo último y profundo del corazón, que la respuesta a las exigencias que están en la raíz de nuestro ser, por las cuales vivimos y nos movemos de hecho. Nuestro corazón tiene una necesidad última, imperiosa, profunda, de plenitud, de verdad, de belleza, de bondad, de amor, de seguridad final, de felicidad; por todo ello, **encontrarnos con una respuesta a esas exigencias debería ser la cosa más obvia y normal de todas.** Y, sin embargo, ese corresponder, que debería ser la normalidad suprema, nos resulta excepcional. Toparse con algo absoluta y profundamente natural –es decir, correspondiente a las exigencias del corazón con que nos dota la naturaleza– es, pues, una cosa absolutamente excepcional. **Hay en esto como una extraña contradicción:** lo que ocurre habitualmente no es nunca verdaderamente excepcional, porque no logra responder adecuadamente a las exigencias del corazón.



«Ella le preguntó: «¿Qué ha pasado?», él la abrazó. Andrés abrazó a su mujer y besó a sus hijos; era él, ¡pero jamás la había abrazado así! Era como el alba, o la aurora, o el crepúsculo de una humanidad distinta, de una humanidad nueva, de una humanidad más verdadera. Como si dijese: «¡Por fin!», sin creer en lo que veían sus ojos. Pero era demasiado evidente para no creer en lo que veían sus ojos».

Luigi Giussani

Así, pues, **lo que hace fácil reconocer a Cristo es el carácter excepcional del que aparece dotada su figura.** Para Juan y Andrés aquel hombre correspondía de modo inimaginable a las exigencias irresistibles e innegables de su corazón. Nadie era como aquel hombre: en el encuentro con él se producía una correspondencia con el corazón impensable, **nunca imaginada ni experimentada antes.** ¡Qué asombro sin precedentes debió de suscitar en los dos primeros que le conocieron, y luego en Simón, Felipe y Natanael!

Y no solamente fue fácil reconocerle; **era facilísimo vivir la relación con él. Bastaba secundar la simpatía que provocaba, una simpatía profunda,** semejante a esa vertiginosa y carnal que tiene el niño con su madre, que es una simpatía en el sentido intenso del término. Un niño puede equivocarse mil veces al día con su madre, pero ¡ay si se le aleja de ella! Si pudiera comprender la pregunta: «¿Amas a esta mujer?» y responder a ella, podemos imaginar el «sí» que gritaría. Y cuanto más se hubiera equivocado, más fuerte gritaría: «Sí, yo la quiero», para reafirmarlo. Esta es la lógica del conocimiento y de la moralidad que la convivencia con aquel hombre volvía necesaria: **una profunda simpatía.**

Crear huellas en la historia del mundo, por L. Giussani - S. Alberto - J. Prades

- ¿Es fácil reconocer lo excepcional o requiere de esfuerzo y razonamiento?
- ¿A qué se refiere Giussani cuando dice que «era facilísimo vivir la relación con él»?



«No es a fuerza de escrúpulos como el hombre se hace grande. La grandeza llega, si Dios quiere, como una bella jornada».

Albert Camus

El cristianismo es un acontecimiento. No existe otra palabra para indicar su naturaleza: ni la palabra «ley», ni las palabras «ideología», «concepción» o «proyecto». El cristianismo no es una **doctrina religiosa**, una lista de **leyes morales**, un conjunto de **ritos**. **El cristianismo es un hecho, un acontecimiento: todo el resto es consecuencia.** La palabra «acontecimiento» es, pues, decisiva. Porque indica el método que Dios ha elegido y utilizado para salvar al hombre: Dios se hizo hombre en el seno de una muchacha que se llamaba María.

El modo con el que Dios ha entrado en relación con nosotros para salvarnos es **un acontecimiento, no un pensamiento o un sentimiento religioso.** Es un hecho acontecido en la historia que revela quién es Dios. Él habría podido también elegir como medio de comunicarse a los hombres una inspiración directa, de tal modo que cada uno hubiera tenido que seguir lo que Dios le sugiriese en su pensamiento y en su corazón. Un método, este último, para nada en absoluto más fácil y seguro, al estar siempre expuesto a la fluctuación de nuestros sentimientos y pensamientos.

Crear huellas en la historia del mundo, por L. Giussani - S. Alberto - J. Prades

- ¿Cuál es la diferencia entre la palabra «acontecimiento» y las palabras «ley», «ideología», «concepción» o «proyecto»?
- ¿Sería mejor que nos «sugiriera» lo que quiere de nosotros en vez de haberse hecho carne?



*«Él está aquí.
Está aquí como el primer día.
Es la misma historia,
exactamente la misma,
eternamente la misma,
que sucedió en aquel tiempo
y en aquel país
y que sucede todos los días
en todos los lugares
por toda la eternidad».*

Charles Péguy

Dios se ha convertido en un acontecimiento dentro de nuestra existencia cotidiana, a fin de que nuestro yo reconozca con claridad sus propios factores originales y alcance su destino, esto es, se salve. Así fue para María y José. Así fue para Juan y Andrés, que se fueron tras Jesús por la señal que hizo Juan Bautista. **Dios entraba en su vida como un acontecimiento. Tanto si lo mantuvieron siempre presente como si lo olvidaron a ratos**, especialmente durante los primeros días o meses, **toda su vida dependió a partir de entonces de aquel acontecimiento**: porque de un acontecimiento, en la medida en que sea importante, no se puede volver atrás. Esto es lo que les ocurrió a ellos. Y así nos ocurre hoy también a nosotros: **solo un acontecimiento puede marcar un comienzo y un camino**. En efecto, **el acontecimiento puede indicar un método de vida**. En todo caso, se trata de una experiencia que hay que hacer. Porque **el camino requiere el compromiso del hombre tocado por el acontecimiento, hasta llegar a captar el verdadero significado de lo que ha comenzado a entrever: es un camino de la mirada**.

Crear huellas en la historia del mundo, por L. Giussani - S. Alberto - J. Prades

- ¿Qué significa que Dios se ha hecho un hombre para salvarnos?
- ¿Puede olvidarse a ratos un acontecimiento? ¿Podemos no partir de lo que nos ha sucedido? ¿Es posible volver a partir de dicho acontecimiento?
- ¿Puede depender toda la vida de un acontecimiento? ¿Puede indicar un método?



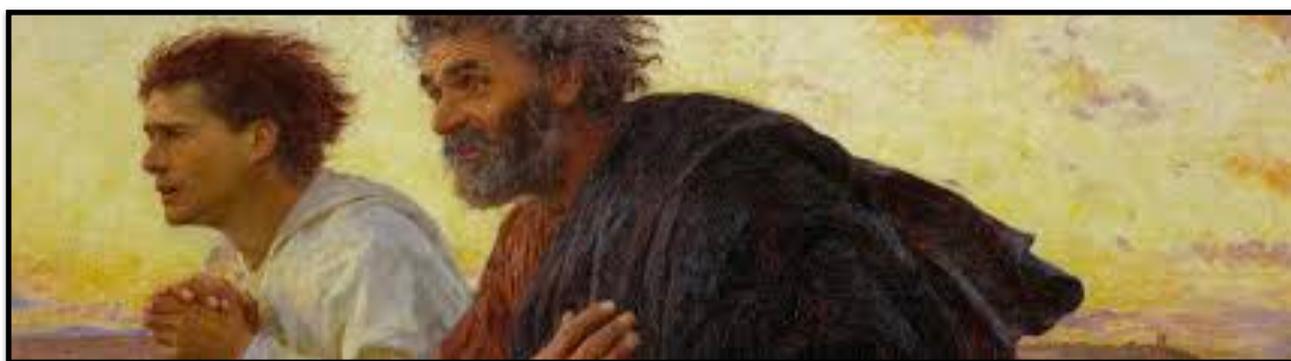
«Conocí la realidad de Bachilleres en un periodo de mi vida en que no existía el equilibrio, de día en día me encontraba cada vez más cansada. No comía, me peleaba con todo el mundo y todo parecía llevarme al vacío. Parecía que no hubiera sitio para mí en ninguna parte, lo que hacía que me encerrara más en mí misma. No tenía seguridad, todo me parecía un error, y por tanto evitaba hacer cualquier actividad. Cuando una amiga me propuso participar en las vacaciones de invierno, al principio dije que no, convencida de que me madre me iba a decir que no. Pero a medida que pasaba el tiempo iba cobrando más valor y acepté la invitación. Ni siquiera yo sé muy bien por qué quería ir, solo conocía a una persona, estaba segura de que ella haría amigos y yo no, que seguramente serían las habituales y aburridas vacaciones de siempre. En el primer encuentro, donde nos dividimos en grupos para organizar la excursión, empecé a cambiar ligeramente de idea, y durante los tres días efectivamente me di cuenta de que no eran unas vacaciones aburridas sino más bien un momento en que los jóvenes teníamos la posibilidad de intercambiar ideas, divertirnos y hacer nuevas experiencias, con una conciencia distinta de lo habitual. Al llegar a casa, fui recordando cada momento porque lo había vivido con plenitud. Los juegos, las risas, los trayectos en autobús, los cantos: todos momentos preciosos. En las segundas vacaciones (las de verano), no hice más que caer en la cuenta de todos los “no” de mi vida, todos los rechazos a experiencias que en cambio podía vivir. Tuve ocasión de responder a alguna pregunta, como: «¿Dónde se encuentra tu corazón?». Pero también otras. Me daba cuenta de que todo lo que estaba haciendo lo hacía solo por hacer y no por vivir. Lo ignoraba todo. Pero si yo no hubiera intentado hacerme preguntas o, mejor dicho, no las hubiera escuchado (porque las preguntas estaban y están siempre), todavía estaría viviendo como si todo fuera una sombra que pasa. Todos los encuentros me han abierto una puerta para poder crecer. He vuelto a empezar a comer, a querer más, a no conformarme ni ignorarme. A Bachilleres no solo van los que son cristianos, yo por ejemplo no lo soy, porque allí te acogen independientemente de la religión que profeses. Es un lugar donde te puedes descubrir a ti mismo. Para mí, Bachilleres ha sido y será una casa, me ha salvado y me ha ayudado».

- **La Escuela anterior decía que «el camino requiere el compromiso del hombre tocado por el acontecimiento» para poder «llegar a captar el verdadero significado de lo que ha comenzado a entrever: es un camino de la mirada». ¿Es necesario seguir para comprender o puedo gestionar yo solo mi vida? ¿Qué significa el «camino de la mirada»?**



«La experiencia de **la correspondencia** que nace del encuentro **me vincula en el origen a la realidad histórica del movimiento y a quien guía esa realidad**, porque en el inicio esos elementos están unidos. Cuando era estudiante, eso estaba unido en la experiencia. **La única forma de seguir experimentando la correspondencia es el seguimiento del lugar donde Cristo me ha sucedido**. Me doy cuenta de que, después de veinticinco años de movimiento, **cuando me separo de la experiencia de la correspondencia, cuando me separo de mi verdadera necesidad, de la urgencia de mi humanidad, de mis heridas, de mis exigencias, mi relación con la comunidad y con la autoridad se convierten en algo que ya no es constitutivo de mi persona**. En la experiencia del encuentro, la comunidad y la autoridad son constitutivas de mi persona. A veces he vivido el movimiento como si pudiese vivirlo o no, como si pudiese adherirme o no, como si pudiese estar de acuerdo o no, como si pudiese tener **una posición de “me gusta” o “no me gusta”: en nuestro mundo contemporáneo, como somos hijos de Instagram, el “me gusta” o “no me gusta” es el criterio de juicio**. Muchas veces puedo estar en CL y haber experimentado un cierto escepticismo; me doy cuenta de que incluso siguiendo CL me puedo hacer escéptico. Y me doy cuenta de que el problema está en el juicio de correspondencia, en juzgar, en seguir la correspondencia inicial juzgada (inicial y presente). Esto lo veo a veces en distintos ambientes del movimiento, lo veo con los bachilleres o incluso con los adultos: **puede haber una forma de estar en el movimiento separada de este factor originario donde se da todo unido**. En la experiencia del encuentro, la correspondencia, la comunidad y la autoridad están unidas».

- ¿Qué experiencia tienes del seguimiento al lugar donde Cristo te ha sucedido?



Los discípulos Pedro y Juan corriendo al sepulcro en la mañana de la resurrección, Eugène Burnand



El método a través del cual la comunidad genera personas con una conciencia madura de que Cristo es el centro de la vida «lo indica la primera palabra que empleamos al comienzo del movimiento [¡atención al paréntesis] (y que hemos olvidado, aunque la repitamos, porque no lo hacemos seriamente): “**seguir**”». ¡La primera palabra!

«Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: “¿Qué buscáis?”. Ellos le contestaron: “**Rabí** (que significa Maestro), **¿dónde vives?**”. Él les dijo: “**Venid y veréis**”. Y también: «Paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores. Les dijo: “**Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres**”».

Para don Giussani el significado de “seguir” es muy concreto; los encuentros de Jesús en el Evangelio son para él el canon del seguimiento: «**Seguir significa identificarse con personas que viven la fe con mayor madurez, significa implicarse en una experiencia viva, que nos transmite [...] su dinamismo y su gusto**». No es nada automático ni intelectual. En realidad, sucede casi por presión osmótica: **es un corazón nuevo que cobra vida en el nuestro, es el corazón de otro que empieza a latir en nuestra vida**».

Llegados a este punto, aparece **la figura y la urgencia del maestro. Sin magisterio no hay seguimiento, y uno solo seguiría sus propias ideas** (con los proyectos que de ellas surgen) o las ideas de un líder, pero sin la seguridad de estar en el camino que el Misterio indica: «Seguir quiere decir **ensimismarse con los criterios del maestro**, con sus valores, con lo que nos comunica, **no vincularse a la persona**, que en sí es efímera.



La vocación de San Mateo, Caravaggio



«Esta es nuestra confianza: que el que ha inaugurado entre vosotros esta obra buena, la llevará adelante hasta del Día de Cristo Jesús» (Flp 1, 6).

La confianza en el futuro se basa en algo presente que reconoces con certeza. Para estar cierto del futuro tienes que estar cierto de lo que precede al futuro. La esperanza se apoya en todo el pasado cristiano, en toda la memoria cristiana, en toda **la certeza de esa Presencia que comenzó hace dos mil años y ha llegado hasta ti.** «El que comenzó esta obra buena, la llevará a cabo»: puedes respirar a fondo porque te la ha dado Él, es evidente que te la ha dado Él, porque la tienes y no te la has dado tú mismo; y puesto que es también Él quien la lleva a plenitud, ¡casi, casi, puedes dormir tranquilo!

La fe es la afirmación de que hay una Presencia grande; y la esperanza es la afirmación de que el deseo tiene solución. Un encuentro despierta las exigencias del corazón. Y entonces empiezas a desear. Pero, estos deseos, ¿se verán satisfechos? Aquí está la cuestión. Estos deseos, que se producen conforme a las exigencias del corazón, **podemos estar seguros de que se cumplirán,** podemos ser capaces de mantener razones para esperar con certeza el futuro, únicamente **en la medida...** –¡no es fácil de decir!– **en que uno se fía del contenido de la fe,** solamente en la medida en que uno se abandona, confía y se abandona a la Presencia que le ha indicado la fe.

Las exigencias del corazón nos dicen que el objeto del corazón existe, y que existe en un futuro, porque el hombre está destinado a ser feliz. Está destinado a esto, pero **la certeza de que todo ello sucederá no puede apoyarse en nuestro corazón. La certeza de que ello tendrá lugar solamente puede derivar de la Presencia, excepcional, que la fe reconoce.** Solo esto puede sostener firmemente la razón de una certeza sobre el futuro. El corazón del hombre [...] está constituido por exigencias fundamentales o ideales y, por ello, se ve empujado hacia el futuro en la dirección que señalan esas exigencias; pero no puede estar seguro de que lleguen a cumplirse, no puede estar seguro, por ejemplo, de que no las va a traicionar. **¿Cuándo y cómo ese deseo se convierte en certeza?** Se convierte en certeza en la medida en que madura la **seguridad en el poder de la gran Presencia.** Por ello, el dinamismo de la esperanza es un deseo que no resistiría el paso del tiempo, que se tropezaría siempre con la amargura de la desilusión, si no se apoyara, si no sostuviera su razón de ser, en la fe, en la certeza del poder de la gran Presencia.